Seix Barral Biblioteca Formentor

Lorrie Moore

Gracias por la compañía





Seix Barral Biblioteca Formentor

Lorrie Moore
Gracias por la compañía

Traducción del inglés por
Daniel Gascón

Título original: *Bark*

© Lorrie Moore, 2014
© por la traducción, Daniel Rodríguez Gascón, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-322-2477-5
Depósito legal: B. 7.862-2015
Composición: Víctor Igual, S. L., Barcelona
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

11 Muda
57 El enebro
71 Pérdidas de papel
87 Enemigos
103 Alas
157 Referencial
167 Sujeto a registro
181 Gracias por la compañía

MUDA

Ira llevaba seis meses divorciado y aún no podía quitarse el anillo de bodas. El dedo se le había hinchado a su alrededor como una masa: una combinación de deseo frustrado, remordimiento sin límites y ambición mal dirigida, decía a sus amigos. «Tendrán que amputarme el dedo.» El anillo (supuestamente de oro, aunque ahora todo lo que había recibido de Marilyn estaba en duda, quién sabía) encinchaba la camisa de grasa de su dedo, que había crecido a su alrededor como una parra jodidamente feliz. «A lo mejor tendría que cortarme la mano entera. Y mandársela», le dijo por teléfono a su amigo Mike, con quien trabajaba en la Sociedad Histórica del Estado. «Entenderá la referencia.» Ira quemó ceremoniosamente el esmoquin de color gris paloma que había llevado el día de su boda: lo colgó de un palo alto en el jardín trasero, como si fuera un espantapájaros, y le prendió fuego con un mechero Bic. «Se quemó muy deprisa», le dijo a modo de disculpa al jefe de bomberos, después de que el arbusto se incendiara también y antes de que lo llevaran a pasar la noche en la comisaría local. «Muy deprisa. A lo mejor, no sé, había residuos del líquido de la limpieza.»

—Ya te quitarás el anillo cuando estés preparado —dijo Mike. El trabajo de Mike, que consistía en aprobar proyectos de conservación histórica, le dejaba tiempo para hacer muchos cursos de padres permisivos y leer todos los libros sobre padres permisivos—. Te voy a explicar qué debes hacer con la depresión. No te digo que te olvides de ti mismo a base de hacer obras de caridad. No te voy a decir que adquieras un poco de perspectiva viendo el informativo nacional cada noche ni observando a quienes están peor que tú, gente que, digamos, va a volar en pedazos por culpa de una bomba. Voy a decir una cosa: deja de beber, deja de fumar. Elimina el café, el azúcar, los productos lácteos. Hazlo tres días, y luego empieza otra vez. Bum. Te lo garantizo, serás muy feliz.

—Me temo —dijo Ira en voz baja— que lo único que me haría feliz ahora es cortar los cables de los frenos del coche de Marilyn.

—Primavera —dijo impotente Mike, aunque sólo era el final del invierno—. Es lo que te deja más colgado.

—Deberías escribir canciones. Pero no demasiado a menudo. —Ira se miró las manos. Una vez se había quitado el anillo para darse un baño caliente, pero la visión de su dedo expuesto, desnudo como el de un niño, lo aterrorizó y volvió a colocarse el anillo.

Al otro lado del teléfono Ira oía que Mike suspiraba y buscaba. Puertas de armario que se cerraban ruidosamente. El frigorífico que se abría y que «aspiraba» al cerrarse. Ira sabía que Mike y Kate habían tenido problemas —como solía decirse—, pero su matrimonio aguantaba. «Me divorciaría —le había confesado Mike una vez a Ira—, pero Kate me mataría.»

—Oye —dijo Mike entonces—, ¿por qué no vienes a

nuestra casa el domingo para una cena de Cuaresma? Vamos a tener invitados y ¿quién sabe?

—¿Quién sabe? —preguntó Ira.

—Sí. ¿Quién sabe?

—¿Qué es una cena de Cuaresma?

—Nos lo hemos inventado. No queríamos hacer un Mardi Gras. Demasiado irrespetuoso, con la situación internacional.

—Entonces, hacéis Cuaresma. No tengo claro lo de la Cuaresma. Es decir, sé lo que significa la Cuaresma para los que profesamos el judaísmo. Pero normalmente no conmemoramos esas transacciones con comida. Normalmente sólo hay un montón de suspiros.

—Es como una cena del Príncipe de la Paz antes de Semana Santa —dijo Mike lentamente.

No había predadores naturales en aquella comunidad pequeña, distraída y tolerante, y por tanto abundaban las criaturas y las creaciones extrañas.

—¿El Príncipe de la *Paz*? ¿No el de *Mineápolis*?

—Se supone que hay que dejar cosas en Cuaresma. El año pasado abandonamos nuestra fe y nuestra razón, este año vamos a abandonar nuestra voz democrática, nuestra esperanza. —Ira ya conocía a la mayoría de los amigos *goyishe* de Mike. El propio Mike era discreto, tolerante, extremadamente modesto. Se describía como «católico étnico», y en una ocasión se quejó abatido de no haber sido lo bastante guapo como para que un sacerdote abusara de él. «Se limitaban a darme la mano muy deprisa», dijo. Los amigos de Mike, sin embargo, solían ser protestantes tensos e intelectualmente serios que conducían coches nuevos de tonos metálicos y de quienes se podía esperar que en cinco minutos de conversación superficial emplearan al menos dos veces la expresión «estrictamente en el marco de».

—Kate va a invitar a una amiga divorciada —dijo Mike—. No intento buscarte pareja. Odio eso. Sólo te digo que vengas. Come algo. Es el principio de Semana Santa y, bueno: nos vendría bien que hubiera un judío. —Mike soltó una risotada sincera.

—Sí. Recrearé todo el asunto para vosotros —dijo Ira. Miró su anular hinchado otra vez—. Sí, señor. Iré y os enseñaré cómo se hace.

La nueva casa de Ira, aunque estaba en lo que el agente inmobiliario había descrito como «un barrio encantador, peatonal», limitado por calles que llevaban los nombres de presidentes y con calles denominadas por moscas de pesca (calles Tricópteros, Hedrickson, Oreja de Liebre), estaba llena de desagües lentos, hornillos que goteaban, tuberías atascadas y un polvo excelente para garabatear palabrotas: «Marilyn se la come a los marineros». Había puesto cinta adhesiva en el interior de las ventanas por donde entraba más corriente, como indicaba el Departamento de Seguridad; el aire frío inflaba el plástico hacia dentro como las velas de un barco. En los días de viento era impresionante. «Parece que toda la casa vaya a echarse a volar», dijo Mike, mirando a su alrededor.

—La verdad es que no —dijo Ira—. Pero *está* girando. Es muy interesante.

El jardín ya tenía barro por las lluvias de marzo y en los lechos de flores verdeaban diminutos brotes de estramonio y grama. En junio, las armas químicas del terrorismo dirigido contra la zona centro demostrarían su efectividad para eliminar las malas hierbas del jardín. «¡Éste es el tipo de guerra que me gusta!», le dijo Ira a un

vecino en voz alta. La casa de Mike y Kate, por otro lado, con sus líneas perfectas y su acogedora meticulosidad, que apestaba, suponía, a deducciones fiscales por conservación histórica, le parecía un sueño imposible, algo recortado de un artículo de revista sobre recuerdos infantiles convocados en el lecho de muerte. Algo que veía la Pequeña Cerillera al otro lado de la ventana. Fuera, los aleros eran cuadrados perfectos. El azafrán parecía campanas y las violetas siberianas parecían caramelos esparcidos por el césped. Dentro, el olor a comida caliente casi lo hizo llorar y pasó rápido junto a Kate con el abrigo todavía puesto para abrazar a Mike y besarlo en las dos mejillas. «¡Hay que besar a todos los hombres guapos!», exclamó Ira.

Después de quitarse el abrigo y de vagar hasta el comedor, brindó con el champán que había traído. Había ocho invitados, a la mayoría de los cuales conocía hasta *cierto* punto, pero en realidad era suficiente. Era suficiente para todos. Aun así, levantaron los vasos con él. «¡Por la Cuaresma! —gritó Ira—. ¡Por el fin de los tiempos!» Y, temeroso de que aquello fuera demasiado lúgubre, añadió: «¡Y por la futura Resurrección! ¡Ojalá esta vez sea un poco más cerca de casa! ¡Jesucristo!». Pronto volvió a la cocina y, como le parecía que era lo que se requería de él, chilló al ver el cerdo. Luego empezó a ir de acá para allá de nuevo, disculpándose por la Crucifixión: «En realidad no queríamos hacerlo —murmuró—, en realidad no, lo de matar. Nos dejamos llevar un poco. Ya sabéis que la primavera puede ser un poco descontrolada, pero, creedme, todos lo sentimos mucho mucho». La amiga divorciada de Kate se llamaba Zora y era pediatra. Aunque nadie más lo hacía, ella aullaba de risa y, cuando su cara no estallaba en una carcajada ni su mandíbula se abría y ce-

rraba como unas tijeras (en un movimiento que Ira reconoció como histeria posdivorcio: «¿Cuánto tiempo llevas divorciada?», le preguntó más tarde. «Once años», contestó ella), Ira veía que era muy hermosa: pelo negro y corto; ojos de un tono avellana rojizo y claro, como té de naranja pekoe; una nariz aquilina y fuerte, probablemente roncaba; pestañas gruesas que sobresalían forjadas y negras como las puntas de un tridente de chimenea. Su cuerpo era a un tiempo rechoncho y delgado, con una piel arrugada y no arrugada, lo típico cuando estás a punto de doblar la esquina de los cincuenta. La vejez y la juventud —cantó en silencio—, la juventud y la vejez, cantan sus canciones a la vez. Ira estaba trabajando en un modesto volumen de ripios, con el título provisional de *Las mujeres son de Venus; los hombres son del Pene.* Eso o *Padre de familia: el musical.*

Como todas las personas que conocía, sólo podía distinguir la vacuidad del encanto de la gente si éste se dirigía a alguien que no era él. Cuando iba dirigido a él, la persona parecía absolutamente *agradable.* Y así la risa de Zora, en conjunción con su belleza, lo sentenció un poco, hizo que se sintiera más agradecido de lo que resultaba razonable.

Inmediatamente, le mandó una postal donde unos recién casados arrastraban latas de carne vacías atadas al parachoques del coche. Escribió: «Querida Zora: Me encantó conocerte en casa de Mike». Y luego apuntó su número de teléfono. Fue sencillo. En el cortejo tenía una historia de errores, que comenzó a los dieciséis años con su primera novia, a quien compró en la tienda local la cosa más guay que había visto en su vida: una mano de madera hermo-

samente tallada y con el dedo corazón levantado. Él mismo la había codiciado trémulamente durante un año. ¿Cómo podía no gustarle a ella? El desprecio que su novia mostró por ese regalo, y luego por él, lo dejó perplejo y se sintió traicionado. Con Marilyn adoptó otra estrategia y se hizo el difícil, lo que convirtió su relación en un eterno Día de Sadie Hawkins,* y por tanto el subsiguiente matrimonio con Sadie fue algo inevitablemente condenado al fracaso, una humillante e interminable cita que se pagaba a escote.

Pero le parecía que esto, la postal de las latas y la nota, contenía la mezcla adecuada de ligereza y resolución. Sospechaba que era importante acertar con la combinación elusiva —el término medio geométrico entre acosador y Rip van Winkle— en el mundo de las citas de la mediana edad, aunque ¿qué sabía él de ese mundo? Había pasado tanto tiempo que todo parecía una especie de civilización lejana, ¡un planeta de los mimos!: pecios humanos encanecidos con abrasados paisajes interiores que imitaban a los jóvenes y retomaban el asunto donde lo habían dejado décadas atrás, si recordaban qué demonios era. Ira había sido un hombre casado durante quince años, un padre durante ocho (pobre Bekka, ahora rudamente transportada entre casas de una manera veloz, ritual, que recordaba un intercambio de rehenes), y luego

* El Día de Sadie Hawkins es un acontecimiento folclórico estadounidense, originado por la tira cómica *Li'l Abner* de Al Capp. El padre de una joven poco atractiva de la localidad está preocupado por que no encuentre marido. Organiza una carrera a fin de reunir a todos los solteros de la zona. Para disgusto de los solteros, las solteras del pueblo deciden institucionalizarlo. El episodio de la tira cómica inspiró una fiesta celebrada en varios lugares de Estados Unidos el sábado posterior al 9 de noviembre donde las chicas pedían salir a los chicos. *(N. del t.)*